

ñora de Arnold y que deseais verla lo mas pronto posible. Id pues á almorzar con ella y decidla que no me espere, porque voy á examinar los reductos de esta orilla del rio y volveré dentro de poco.» Sus oficiales sin embargo no quisieron abandonarle, pero enviaron dos ayudantes de campo á fin de anunciar cuál era la causa del retraso.

Al saber que Washington y su escolta tardarian aun algun tiempo, Arnold y su familia se pusieron á almorzar con los ayudantes, y mientras estaban á la mesa entró de pronto el teniente Allen á entregar la carta de Jameson, en la cual anunciaba éste la captura de André. Por un poderoso esfuerzo y merced á su práctica en el arte de disimular, Arnold leyó la carta sin inmutarse; levantóse luego con alguna precipitacion, dijo á sus convidados que su presencia era necesaria en West Point, y subiendo acto continuo á la habitacion de su esposa, la mandó llamar. En pocas palabras manifestóle que se veia en la precision de huir para salvar su vida, y abandonándola desmayada en el suelo, lanzóse apresuradamente hácia la orilla del rio, entró en una barca de seis remos, estimuló á los hombres ofreciéndoles para beber, agitó su pañuelo al pasar por Verplanck's Point, y bien pronto vióse en salvo á bordo del *Buitre*.

Poco despues de la fuga de Arnold, Washington llegó al cuartel general de Robinson's House, y habiéndosele dicho que el primero habia cruzado el rio, resolvió almorzar apresuradamente á fin de alcanzar á Arnold si era posible. Al atravesar el rio, desde el cual podia contemplarse el magestuoso panorama de Highlands, dijo Washington á los de su escolta:—«Despues de todo, caballeros, me alegro que el general Arnold se haya adelantado á nosotros, porque nos hará el saludo, y el estruendo del cañon será

de muy buen efecto entre las montañas.» En esto, y como se acercase el bote á la orilla sin que se oyera nada ni se encontrase á nadie para recibirlos, exclamó Washington:—«¿Cómo! ¿no piensan acaso saludarnos?» Al desembarcar vióse bajar de la colina á un oficial que con alguna cortedad se escusó por no estar preparado para recibir á tan distinguidos huéspedes.—«¿Cómo es esto, caballero, dijo Washington: ¿No está aquí el general Arnold?—No, señor, repuso el oficial, hace dos dias que no viene y no hemos sabido nada de él en este tiempo.—Esto es muy extraño, replicó el comandante en jefe; nos han dicho que acababa de cruzar el rio y que le encontraríamos aquí, pero de todos modos nuestra visita no será inútil, pues ya que hemos venido, aunque inesperadamente, daremos una vuelta para ver cómo está esto.» Empleáronse unas dos horas en examinar las fortificaciones, y luego Washington seguido de sus oficiales, volvió poco despues á Robinson's House.

Hamilton, que se habia quedado atrás, encontró á Washington cuando éste volvía, y sumamente agitado, entrególe los papeles que acababa de traer el mensajero de Jameson juntamente con la carta de André. Aunque asombrado al saber la infame traicion de Arnold, Washington no perdió ni un solo momento la serenidad, y limitándose á decir á Lafayette:—«¿De quién nos fiaremos ahora?» guardó el mas profundo secreto acerca de aquel asunto. Hamilton fué enviado á Verplanck's Point, pero demasiado tarde para impedir la fuga de Arnold, cuya esposa se hallaba tan desconsolada, que Washington y sus oficiales la prodigaron toda clase de atenciones. Poco despues recibióse una carta que Arnold le habia escrito á bordo del *Buitre*, pidiendo proteccion para su mujer y su hijo y asegurando que ella era inocente y

no tenia la menor participacion en su crimen (*). Beverly escribió tambien otra carta á Washington declarando que André estaba bajo la proteccion de una bandera y debia ser puesto en libertad inmediatamente.

El comandante en jefe tomó inmediatamente sus medidas para estorbar los proyectos que pudiera tener Clinton, y aunque era imposible saber por el momento cuántas personas estarian complicadas en la traicion de Arnold, no retiró su confianza á ninguno de

los oficiales, juzgádoles por el contrario incapaces de tomar parte en tan negro crimen. En honra de los americanos, permítasenos recordar que ninguna persona absolutamente fué cómplice en la infamia cometida por Benedicto Arnold.

André llegó el 26 á Robinson's House custodiado por el Mayor Tallmadge; el 28 fué trasladado por el rio á Stony Point, y desde allí pasó á Tappan con una escolta de caballería. Durante el camino, André, como era natural, quiso saber lo que opinaba Tallmadge acerca de su captura. Hé aquí lo que decia el Mayor en una carta muy interesante copiada por Mr. Spark's: «Cuando yo no pude eludir las importunas preguntas del prisionero le dije:—«Estando yo en el colegio de Yale, tenia un compañero á quien queria mucho, que se llamaba Natan Hale, el cual ingresó en el ejército en 1775. Poco despues de la batalla de Long-Island, el general Washington necesitó una persona que tomase ciertos informes respecto á la fuerza, posicion y movimientos del enemigo, y habiéndose brindado el capitán Hale á prestar este servicio, marchó á Brooklyn y fué co-

(*) Mrs. Spark's opina que nada vino á probar que la señora de Arnold conociese los planes y proyectos de su esposo; pero Mr. Davis en sus *Memorias de Aaron Burr*, vol. I, pág. 219, asegura que aquella señora no solo era participe de los crímenes de Arnold, sino que le incitó á vender por oro á su país.

gido á su vuelta, precisamente cuando pasaba junto á las avanzadas del enemigo. ¿Os acordais del desenlace de la historia?—Sí, repuso André, fué ahorcado como espía, pero seguramente no suponeis que yo esté en el mismo caso.—Sí, precisamente el mismo, y vuestra suerte será la misma. André trató de hacer algunas observaciones, pero era evidente que estaba mas turbado é inquieto que nunca.»

Al dia siguiente el comandante en jefe reunió un consejo de guerra para formar causa á André é imponerle el castigo que mereciera; el general Greene fué nombrado presidente de aquel, y Lafayette, Steuben y otros, vocales. Al proceder al interrogatorio, el acusado declaró cándidamente todo lo que ya espusiera antes en la carta que dirigió á Washington, y sin ocultar nada de lo que le concernia, solo trató de evitar que cayese en otro la menor culpabilidad. Reconoció cuanto era necesario para condenarle, y entonces el Consejo, sin apelar á la declaracion de testigos y considerando que el acusado se habia introducido en las líneas con un disfraz, espuso que en su opinion André era un espía y como tal debia sufrir la pena de muerte.

Washington comunicó el resultado á Sir Enrique Clinton, y André obtuvo permiso para escribir una carta al general inglés á fin de hablarle de sus asuntos personales. Washington propuso luego el canje entre André y el traidor Arnold, deseando que este último fuese ahorcado en vez de su cómplice, mas á pesar de que el verdadero culpable era despreciado por sus nuevos compañeros, Clinton no consintió en entregarle á la venganza de sus conciudadanos (*). Sin

(*) El Mayor Lee refiere en sus *Memorias* las románticas aventuras del sargento Champe, pero Mr. Spark's dice que se ha cometido un error al suponer que Champe fuese el

embargo, como querian mucho á André, entabló una correspondencia con el comandante en jefe americano, apelando á todos los principios de justicia, política y humanidad en favor de su protegido, mas al ver que sus cartas no producian efecto, dispuso que el general Robertson y otros dos caballeros pasasen el 1.º de octubre para conferenciar con Washington ó cualquier oficial que éste designase. Robertson se avistó con el general Greene en Dobb's Ferry y alegó infinidad de razones para demostrar que André no era un espía ni se le debia condenar como á tal, pero ni las observaciones ni las amenazas produjeron resultado alguno, y aun cuando el oficial inglés presentó luego una carta de Arnold, ofensiva en extremo, en nada favoreció la causa del prisionero, y al fin terminóse la conferencia sin que á los comisionados ingleses les fuera posible obtener lo mas mínimo en beneficio de aquel.

La ejecucion debía tener lugar á las cinco de la tarde del día 1.º de octubre, mas habiéndose prolongado la conferencia con Robertson demasiado tiempo, se suspendió hasta el día siguiente á las doce. André **1780.** observó que debian fusilarle como militar, pero no se quiso acceder á su petición porque el Consejo manifestó que segun las leyes de la guerra debía considerársele como un espía.

Para terminar la descripción de tan trágica escena usaremos las palabras del Doctor Thacher (*), que refiere con la mayor exactitud los detalles de la ejecucion del desgraciado Mayor André.

encargado de coger á Arnold para salvar á André, toda vez que el sargento no fué á Nueva-York sino diez y ocho días despues de la ejecucion. La historia de las aventuras de Champe sin embargo es demasiado interesante para que la omitamos, y el lector la encontrará en el apéndice al fin del presente capítulo.

(*) *Diario Militar de Thacher*, págs. 226-28.

«2 de octubre.—El Mayor André no se cuenta ya entre los vivos; acabo de presenciar sus últimos momentos que han dado lugar á una escena trágica y conmovedora. Durante su prision y la instruccion de la causa dió constantes pruebas de esos elevados sentimientos que revelan dignidad y grandeza de alma. No se le ha oido ni un suspiro ni una queja, y se mostró continuamente agradecido á las consideraciones que con él se tuvieron. Oíasele hablar á menudo y muy afectuosamente de una madre y dos hermanas que ha dejado en Inglaterra, y en su carta á Sir Enrique Clinton recomienda con la mayor eficacia que no las olviden.

»El oficial de guardia que estuvo constantemente en la habitacion del acusado, refiere que al anunciarle por la mañana que era llegada la hora de la ejecucion, no perdió ni un momento la serenidad, y mientras todos los presentes estaban silenciosos y tristes, mostrábase él tranquilo y digno. Al ver á su criado entrar con las lágrimas en los ojos, exclamó: «¡Dejadme hasta que podais presentaros ante mí como un hombre! «Al poco rato enviáronle el almuerzo de la mesa del general Washington, segun se habia hecho diariamente; comió como de costumbre, y despues de afeitarse y vestirse, puso su sombrero sobre la mesa y dijo políticamente al oficial de guardia: «Caballero estoy dispuesto á seguirlos cuando gustéis.» Llegada la hora fatal, formóse un fuerte destacamento de tropas que se veia rodeado por una multitud inmensa; casi todos nuestros generales y oficiales, escepto Washington y su Estado Mayor, se hallaban allí á caballo; en todos los semblantes se revelaba la mayor tristeza, y la escena era verdaderamente lúgubre. Yo estaba tan cerca del reo durante la fúnebre marcha al sitio fatal, que pude observar todas las emociones y detalles de aquella

tragedia. El Mayor André salió de la casa en que estuvo prisionero entre dos ó tres oficiales subalternos, cogidos del brazo, y en aquel momento, aunque todas las miradas de la multitud se fijaron ansiosas en él, hizose superior al temor que pudiera inspirarle la muerte, y se presentó con esa dignidad que distingue á un caballero. Su mayor deseo habia sido morir fusilado, por ser este el género de muerte mas conforme con las ideas y sentimientos de un militar, y como abrigaba la esperanza de obtener esta gracia, hizo un movimiento involuntario al encontrarse repentinamente ante los descarnados brazos de la horca.—«¿Qué teneis, caballero?» le dijo uno de los oficiales que iba á su lado. Al oír la pregunta, recobróse André y contestó:—«Ya estoy preparado á la muerte, pero no me gusta morir así.» Mientras estuvo esperando al lado de la horca, parecióme observar que temblaba; colocó su pié sobre una piedra haciéndola rodar á cierta distancia, é hizo un movimiento con el cuello como si intentara tragar algo. Sin embargo, tan pronto como vió que todo estaba dispuesto, lanzóse rápidamente al tablado y hubiérase dicho que se estremecía, pero levantando al momento la cabeza, dijo con voz segura.—«No será mas que un dolor momentáneo.» Entonces sacó dos pañuelos blancos del bolsillo: con uno de ellos el preboste le ató ligeramente los brazos, y con el otro, el mismo André, despues de quitarse el sombrero y la levita, se vendó los ojos con mano firme, lo cual enterneció los corazones é hizo asomar las lágrimas no solo á los ojos de su criado, sino tambien de todos los espectadores. Una vez suelta la cuerda, André se ajustó al cuello el nudo corredizo, sin el auxilio del torpe ejecutor, y al manifestarle en aquel momento el coronel Seammel que podia hablar si lo deseaba, el reo apartó un ins-

tante el pañuelo de sus ojos y dijo: «Lo único que deseo es que atestigüeis que muero como un valiente.» Al pronunciar estas palabras corrióse la plancha que sostenia á André, el cual quedó suspendido en el espacio y murió instantáneamente. Los restos mortales del oficial inglés, que vestia su uniforme real, fueron colocados en un ataúd ordinario que se enterró al pié de la horca, cuyo sitio fueron luego á regar con sus lágrimas miles de personas (*).

Durante el resto de la campaña nada importante se llevó á cabo en el Norte, como no sea un brillante hecho de armas que se debió al Mayor Tallmadge. Habien- **1780.** do sabido en 21 de noviembre que los ingleses tenian un gran depósito de forraje en Coram, (Long-Island,) custodiado por una escasa guarnicion del fuerte San Jorge, cruzó el Sound, por un punto que tenia mas de veinte millas de ancho, y con solos cien hombres sorprendió el fuerte, hizo prisionera la guarnicion, que constaba de cincuenta.

(*) En una carta que escribió luego Washington, refiriéndose á este asunto, espresábase en los siguientes términos: «En ningún caso desde el principio de la guerra se ha probado como ahora la intercesion de la Divina Providencia, á la que debemos seguramente que no haya caido en manos del enemigo West Point con toda su guarnicion. No sé hasta qué punto pensaba Arnold envolverme en esta catástrofe, pero me inclino á creer que no era para él lo mas importante entregar la plaza y las tropas que la defendian. Una combinacion de circunstancias extraordinarias y la virtud de tres milicianos, pusieron en nuestro poder al ayudante general inglés con la prueba palpable de la traicion de Arnold, y á no haber sido por la inconcebible imprudencia del coronel Jameson, que al parecer se aturdió y no supo lo que se hacia, es indudable que el traidor habria caido en nuestro poder. André expió su falta con el valor que era de esperar de un cumplido caballero y valeroso oficial, pero mucho me engaño si Arnold no sufre ahora todos los tormentos del infierno. Sin embargo, es un hombre sin sentimientos, y por algunos rasgos de su carácter de que me han hablado últimamente, me inclino á creer que se ha endurecido tanto en el crimen que no tiene honor ni vergüenza, y que mientras se halle en disposicion de continuar en su vida disipada, no penetrará en su corazón el remordimiento.»

quemó los almacenes en Coram, y evitando el encuentro de los cruceros ingleses, atravesó de nuevo el Sound sin perder un solo hombre. Por otra parte, el Mayor Carleton se puso en marcha á fines de octubre á la cabeza de mil hombres, entre europeos, indios y realistas, y dirigiéndose al Norte del estado de Nueva-York, se apoderó de los fuertes Ana y Jorge con sus respectivas guarniciones. Al mismo tiempo Sir Juan Johnson seguido de otras fuerzas semejantes se presentó en el Mohawk, donde tuvo con el enemigo algunas escaramuzas, pero ambas expediciones se vieron al fin precisadas á retirarse y devastaron todo el pais que iban atravesando.

Al aproximarse la estacion del frio, los dos ejércitos se retiraron á cuarteles de invierno. El general Washington situó á las fuerzas de Pennsylvania cerca de Morristown, á las de Jersey en las inmediaciones de Pompton, en los confines de Nueva-York y Nueva-Jersey; las tropas de Nueva-Inglaterra se estacionaron en West Point y sus alrededores, ocupando ambos lados de North River, y finalmente las tropas de Nueva-York permanecieron en Albania á donde fueron enviadas para oponerse á la incursión de Carleton y Johnson. El ejército francés se quedó en Newport, excepto la legion del duque de Lauzun que se acantonó en Lebanon. (Connecticut).

APÉNDICE AL CAPÍTULO VII.

AVENTURAS DEL SARGENTO CHAMPE.

POR EL MAYOR LEE.

Informado Washington de que otros oficiales americanos conspiraban como Arnold contra su pais, resolvió averiguar si esto era exacto, y en su consecuencia encargó al Mayor Lee eligiera un hombre que, fingiéndose desertor, marchara á Nueva-York á fin de saber la verdad en un asunto tan importante para los intereses de la patria y la vindicacion del ejército. Felizmente Lee contaba entre sus tropas un hombre á propósito, y despues de celebrar una entrevista con el bravo sargento y vencer sus escrúpulos para cumplir tan extraordinaria mision, Champe se convino al fin en desempeñarla.

Arreglado el primer punto, el Mayor y el sargento trataron acerca de los medios de que se valdria este último para desertar, porque ambos sabian muy bien que cruzar entre las numerosas patrullas de caballeria é infanteria que vigilaban continuamente, era en extremo difícil, tanto mas cuanto que algunas partidas recorrían el sitio llamado Liberty-pole, y varios cuerpos irregulares llegaban á veces hasta Paulus Flook con la esperanza de coger algun botin. Por grandes que fuesen las dificultades, nada podia hacer en esto el Mayor Lee sin dar á conocer que patrocinaba la desercion, lo cual equivalia á descubrir el secreto, comprometiendo á la vez la vida de Champe si llegaba á saberlo el enemigo; y por lo tanto el sargento quedaba abandonado á sus propios recursos, conviniéndose no obstante en que si su falta se notaba antes de la mañana, se cuidaria Lee de retardar la persecucion tanto como fuese posible. Despues de dar al sargento tres guineas, deseándole buena suerte, el Mayor le recomendó que marchase sin tardanza y que comunicara su llegada á Nueva-York tan pronto como le fuese posible. Entonces Champe sacando su reloj, lo confrontó con el del Mayor, recordando á este último lo importante que era retardar la persecucion que en su concepto iba á tener lugar aquella misma noche, y que podria serle fatal, pues le era preciso dar muchos rodeos á fin de evitar el encuentro de las patrullas. En aquel momento eran cerca de las once: Champe volvió al campamento, cogió su capa y su mochila, y sacando el caballo de la cuadra, se puso en marcha, en

tanto que Lee, satisfecho por la actividad con que se llevaba á cabo la primera parte de la empresa, se retiró á descansar. ¡Vano intento! ¡Bien pronto habia de turbar su reposo la noticia de la fuga de Champe!

Al cabo de media hora, el capitán Carnes, que era el oficial de guardia, se presentó al Mayor Lee, y revelando cierta agitacion, dijole que un individuo de la patrulla acababa de encontrar á un dragon, que en vez de detenerse al dar la voz de alto, habia metido espuelas á su caballo sin dar contestacion alguna, y que ya le iban persiguiendo. Quejóse el Mayor Lee de aquella interrupcion, y manifestando que estaba muy cansado, contestó como si no entendiera lo que acababan de decirle, invitando al capitán á que repitiese sus palabras. «¿Y quién puede ser ese hombre á quien persiguen?» preguntó el Mayor, será acaso algun paisano.» «No, replicó el capitán, la patrulla vió claramente que era un dragon, aunque no sé si del enemigo ó de los nuestros.» El Mayor ridiculizó esta opinion, manifestando que semejante cosa no era probable, atendido que durante toda la guerra no habia desertado ni un solo individuo de aquel cuerpo; pero esto no convenció al capitán Carnes, que como otros muchos, desconfiaba de todo desde la traicion de Arnold, y en su consecuencia fué inmediatamente á pasar revista al escuadron, que acababa de formarse por orden suya. El capitán volvió á los pocos momentos diciendo que el desertor era nada menos que el sargento mayor que se habia ido con su caballo y su equipo, y añadió, muy afectado al parecer por la falta de un soldado á quien se queria tanto, que acababa de encargar la persecucion á un destacamento, y que solo esperaba una orden escrita del Mayor para ponerse en marcha.

Lee interrumpió al capitán para hacerle varias observaciones acerca de la irreprochable conducta del sargento, llegando hasta suponer que, lejos de desertar, se habria tomado la libertad de ir á dar un paseo, siguiendo el ejemplo de otros oficiales que lo tomaban por costumbre, contrariamente á lo dispuesto por la ordenanza y la disciplina.

De este modo se pudo ganar algun tiempo, pero como lle-